



Álvaro Pombo

Un gran mundo

DESTINO

Un gran mundo

Álvaro
Pombo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1343

© Álvaro Pombo, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-233-4989-0
Depósito legal: B. 21.042-2015
Impreso por Romanyà Valls, S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

- i. La provincia 7
- ii. El gran mundo 63
- iii. El otro mundo 137
- iv. Los enterramientos 237

I

La provincia

Está en la memoria de la Red. Sus fotos básicas. Con sus amistades célebres que la elogian. De sus víctimas apenas hay fotos. Queda el recuerdo de sus salones de té, sus boutiques en el sur, sus pamelas. Su buen gusto. Fue una mujer excepcional, según todos. Quizá no era posesiva. La posesión requiere un cierto detenimiento, un espacio exterior al que posee, un lugar donde se ordenan las cosas o donde se almacenan desordenadas. Una querencia. Pero Elvira solo se necesitó a sí misma. ¿Era, quizá, despegada? Daba una sensación de energía. De pronto parecía atenderte, por un momento te sentías única y significativa. ¿Cómo explicar su gran éxito entre la gente de mundo? Siempre se abrió camino con aparente facilidad. No podía ser interrumpida, era terca, ensimismada y, al contrario, dispersa, divertida. Todos teníamos que ser en parte rancios comparados con ella: las hermanas, sus sobrinas, teníamos que ser fondo para que destacase su forma incesantemente exclamativa, escénica, todo se volvía escenario para ejercitarse y bailar al son de los crótalos.

La provincia hidalga es el *fond d'armoire*. Contemplada su vida treinta años después de su muerte, al releer este verano del 2014 sus versos sin estro, sorprende, como en sus hermanas, como quizá en todas las mujeres de aquella generación, de aquella clase, la inexpresividad de su ciclo sexual, su insignificante estro sexual, análogo a su aguada lírica de debutante eterna. En aquel entonces, en España, en provincias, la sexualidad tenía que velarse. Las chicas se dividían en casaderas y casadas. Los chicos en buenos y malos partidos. Esta trivial sociología de época es aún hiriente, aún es vivaz y sombría y risueña al mismo tiempo. Lo risueño y lo sombrío hacen juego con los peinados, los talles alargados: incluso de muy jóvenes parecen todas un poco encorsetadas en las fotos. Sus largos collares de perlas, los modales distinguidos, aquellas sobresalientes jóvenes de provincias que bailaban con el rey en los bailes estivales del palacio de la Magdalena. Ya de niña preguntaba a su madre ¿por qué vivo en la locura? Esto conmovía a mis sensatas bisabuelas de ambos lados. Ya de niña aseguraba que vivía en un remolino de sinrazones y esto agitaba a las debutantes pacatas de la provincia pacata. La verde provincia con sus blasones, maizales y cagigas, es el *fond d'armoire*. Sin la provincia y toda su cerrazón y certidumbre, no hubiese habido quizá tía Elvira. El porte majestuoso de los robles de cuarenta metros de altura, las poderosas cagigas de aquel entonces, y la provincia entera con sus valles embarrados y sus casas blasonadas, que aún los descendientes y parientes ocupan, confortables todas, con un aire singular cada

una, decoradas en un estilo anglosajón. Todo lo firme era infirme. Todo lo esencial era trivial. Todo lo derribable podía ser sucesivamente derribado, como un enamoramiento de verano.

En su principio estuvo ya su fin, como una mala leche que a todo se sobrepone y que en todo reluce, como una mala sombra de muchacha en flor, cuyas gracias se convirtieron en impulsos finalmente elegantes, aparentemente desquiciados. «Locura que vas y vienes por los aires —escribió— ¿qué es esto que siento?» Sus naderías poéticas conmovieron a sus hermanas y sobrinas. Y la propia Carmen Polo de Franco que visitaba su tienda en Madrid a finales de los cincuenta, declaró que era una mujer extraordinaria, todo lo contrario de una sosa. Tía Elvira, una mujer y madre también del Movimiento Nacional, que ofreció a la barbarie roja su hermoso hijo de diecinueve años, eso encima.

Pero la provincia no fue realmente el fondo, el *milieu*, el mundo circundante. Casi no fue su circunstancia —en el sentido, al menos, en que pudo haber sido cualquier otra provincia parecida—. Una provincia es, desde luego, un ejemplo puro de lo que Ortega denominaba circunstancia: desde los bienes inmuebles a los muebles, pasando por el aire que respiras, las costumbres pegadizas, los fraseos, las casas donde íbamos, nuestras propias casas, con su comedor, la otra sala de estar. Y aquel *hall* tan inglés, con zócalo a cuadros de madera, que se abría a la puerta principal y a las tres dobles puertas del comedor y la sala y la otra sala alargada, y que una cortina de terciopelo se-

paraba del pasillo del baño del aguilucho, que a su vez daba a tres puertas, que, a su vez, nos enseñó a estar en casa, en casas, a casi no querer salir. Todo, al fin y al cabo, podía pensarse desde dentro, complementado por quince ventanas, todo alrededor del piso, entre ventanas y balcones, más las interiores ventanitas del *hall* que daban al solemne hueco de mármol del portal abajo, al pie de una de cuyas dos estatuas de bronce se instalaba, en los duelos, una sólida mesa con espacio suficiente para el libro de firmas y la bandeja de las tarjetas de visita: todo eso, que incluía al portero, Marcelino, con su gran nariz vinosa, que mantenía en los inchos del garaje y del portal de atrás un fugaz estraperleo de Chester, Phillip Morris y medias de cristal... Hace treinta años que no voy por allí —a quedarme, quiero decir, por allí—. Pero veo el portal de par en par, de refilón, cerrado a media puerta o las dos puertas los días de viento sur. Y la provincia era también el banco, sus célebres polígrafos, sus dos antagonísticos periódicos, sus cuestras empinadas. Lo que se sabía de lo que pasaba en cada casa sin llegar jamás a saberse bien del todo —ahí está la gracia, el inagotable enigma de la provincia aquella tan profunda, un *Middlemarch* también, *A study of provincial life*.¹ El fondo es el Muelle, y los pueblos de alrededor, las vegas, la bahía y todas las otras playas del litoral.

El auténtico fondo de tía Elvira, sin embargo, no fue esta ciudad ni esta provincia, de todo lo cual después alardeaba, sino sus pensamientos, el interior de su

1. Un estudio de la vida de provincias.

interior, no quizá —tampoco hay que exagerar— el pensamiento de los pensamientos o el peso más grave, sino más bien un mosconeo de pensamientos más que de sensaciones o emociones, algo que sonaba a: sin duda ya desde muy niña estoy muy loca y soy un yo demasiado yo para estas rancias. Estas rancias éramos nosotras, o eso dicen.

Asombrada, releo *Middlemarch* estos días del aún joven verano. La lenta inmersión en Miss Brooke, instaladas ya las dos hermanas, Dorothea y Celia, en Tipton Grange en casa de su tío. *Women were expected to have weak opinions; but the great safeguard of society and of domestic life was, that opinions were not acted on. Sane people did what their neighbours did, so that if any lunatics were at large, one might know and avoid them.*² Tía Elvira se inscribió a sí misma en ese listado de lunáticos, demasiado temprano, con excesiva deliberación, con un narcisismo —este sí, también, muy provinciano— prematuro, con un exceso de conciencia de sí que rayaba en la banalidad (si es que cabe, sin excesiva crueldad, considerar banal a una niña de trece o catorce años). La transformación de las mujeres en los ochenta años que aproximadamente transcurren entre los personajes femeninos de George Eliot y la niñez y juventud de tía Elvira, se advierte

2. De las mujeres se esperaba que no tuvieran opiniones demasiado concretas, pero, en todo caso, la mayor garantía de la sociedad, así como de la vida familiar, consistía en que las opiniones no eran algo según lo que se actuara. La gente cuerda hacía lo que hacían sus vecinos, de manera que si algún loco andaba suelto se le podía reconocer y esquivar.

con claridad en el texto citado. Cuando la formidable George Eliot escribía su novela ella era una de las pocas mujeres cuya opinión resultaba imposible considerar *weak*. Por eso firmaba sus libros con un seudónimo masculino. Los pensamientos, en cambio, de tía Elvira, sus alocadas opiniones juveniles, fueron ya en su época firmes como por definición. Tomadas en serio por mis bisabuelas y por las gentes de toda la provincia, tanto más en serio cuanto más exorbitantes sonaban. Era el nuevo siglo. Los años veinte. El gran despertar. Ahí se entremezclaron los caóticos orígenes históricos de la gran guerra y la caótica pero no infirme sino firme voluntad de tía Elvira de parecer desde un principio una niña loca, una loca tenaz, una extravagante audaz.

La propia tía Elvira fue diabólicamente ambigua en esto en concreto: en la relación con su origen, su fondo, la provincia: para proceder de ella sin residuo tuvo que descalificarla sin residuo. Para afirmarse tuvo que negarla. Pero negarla de tal suerte que cuando hacia el final de su vida redactó o quizá solo dictó sin el menor garbo sus ladeadas memorias a uno de sus chicos, antepuso a todo ello el listado heráldico de su hidalguía de boutique. Sus poemas de boutique, como las acuarelas deslavazadas o el poco piano que las chicas de su generación tocaban en las reuniones familiares, son el contrapunto exacto de su firme voluntad de extraterritorialidad y loca belleza de modisto. Las caricaturas y las abstracciones son fáciles de copiar. Y esto no es una caricatura de tía Elvira. Tampoco, sin embargo, es aún mucho más que un

apunte. Cuando la conocí —andaría yo por los diez o doce— se presentó en la casa del Muelle con Helio, su flamante marido argentino, y Totó Bonnard que no se quitaba el pitillo de la comisura izquierda de la boca. Ese gesto le confería un aire sapiencial y escéptico mientras sorbía, no recuerdo si todavía con el pitillo en la comisura de los labios o no, su té citrón en la terraza de Frypsia.

Hubieran debido fascinarle más. Se lo dije: eres un soso, primo, una abuela así, con esa pinta, que medio surge de la nada en pleno verano con un séquito abreviado de marido guapísimo y acompañante parisina con boina y cigarrillo, con ese acento de Quartier Latin, esa boina, un lujo. Y tú te sientes nada más incómodo. ¡Eres un niño horrible! Ni mi hermanas ni yo creíamos eso, no era horrible. Era un aguilucho guapo, con ojos muy azules, que ahora carecía de un relato correspondiente a esa visita. ¡Él que siempre tenía un cuento que contar de todo el mundo, de las doncellas, de nosotras, del colegio! A nosotras nos pareció fascinante la invasión. El trío de tía Elvira, Helio y Totó. Nosotras nos considerábamos parte de mi primo, mi hermana y yo. Jugábamos con él y sus amigos a tiendas de campaña y buques mercantes aprisionados en el Ártico. Tirábamos bengalas en el cuarto de estar todo apagado. Las bengalas encendían azules el cuarto entero, el dormitorio de al lado. Un efecto invernal de película de cine. Era más divertido en opinión de mi hermana y mía, hacerlo ver que hablarlo los jueves lluviosos por la tarde o sábados y domingos por la tarde. Casi tan fascinante como ir al cine a ver una película

apta para nosotros. Lo que hacíamos en el cuarto, al fin y al cabo, no acababa de ser del todo apto para menores, ni siquiera para mayores con reparos. No hay por qué insistir en esto ahora.

Tía Elvira hablaba exclamativamente. Con un acento, pensábamos nosotras, muy francés. El otro gran acento de aquel trío era argentino. Fue una gran satisfacción ver todo aquello de primera mano, en primera fila, antes que mis tíos, los padres de mi primo, regresaran de viaje y se hicieran cargo de la situación, antes que tía Elvira visitara a sus hermanas mayores, tías carnales también nuestras, que no acababan de saber bien qué sentir o qué decir de tía Elvira y sus acompañantes. ¡Una artista de los pies a la cabeza! Y el marido veinte años más joven que ella es, igual o más. ¿Y Totó de dónde sale? ¿Y por qué se hospedan en el parador de Santillana? ¿Y por qué han venido a la visita en taxi? ¿Y por qué han llegado ahora? ¿Y por qué son suyos los sofás almacenados en lo que después fue cuarto de Fräulein cuando empezó mi primo a dormir solo? Aquel cuarto tenía una puerta secreta, tapada por un somier enorme que daba al dormitorio de mi primo. El somier dejaba un hueco lo suficientemente grande para escondernos, agachados, tres. Y los muebles almacenados daban una impresión de cataclismo, de embargo, de población asolada por la guerra, bombardeados en Berlín a medida que las tropas del Führer perdían más y más kilómetros del frente. Teníamos las fotos de la guerra mundial más presentes en la memoria gracias a la propaganda que mantuvo hasta el final el Consulado, que las fotos de

nuestra propia guerra que eran solo desfiles y misas de campaña.

Que mi primo no supiese qué sentir aquella tarde nos pareció a nosotras increíble. Pero, sobre todo, nos pareció que confirmaba la insondable excepcionalidad del chico: a dúo, nosotras rellenamos los obvios sentimientos que al primo repentinamente le faltaban por sentir: como cuando le dábamos un beso y nos devolvía enfadado un empujón. Era un niño-gato cuyas reacciones y ritmos de reacción eran a todas luces no coordinables con las nuestras. Como si se asustase repentinamente y se retirase a un fondo de ojo (cosa mágica que habíamos oído: que cada ojo tiene su propio fondo de ojo. Dos pequeños agujeros oscuros de la vista).

«Financiación» nos pareció una palabra espléndida. Era rotunda, tanto como «edificación» o «educación». Soberbiamente alejada de lo que nosotras denominábamos «ambages», o, referido a personas, «insustancial», o mejor aún, «cantamañanas». Tía Elvira, con aquella flagrantia flamboyante de su aspecto, no podía considerarse insustancial, eso imposible. Y menos aún cantamañanas. Casi desde un principio, en cambio, decidimos mi hermana y yo que tía Elvira tenía que ser, por fuerza, muy de ambages. «Ambages», por cierto, tuvimos que mirarlo. No por no saber de toda la vida lo que quería decir —que lo sabíamos— sino porque mi hermana, la *trainnee*, tenía este prurito de usar con pinzas las palabras. Y, la

verdad, nos sorprendió a las dos que incluso «ambages», que llevábamos siglos ya sabiéndola, tuviese un matiz anormal y otro normal. Sin «sin» —con «con»— que es el que preferíamos nosotras, en especial para este caso de tía Elvira, la de la melena extemporánea. Decir algo sin ambages, es decirlo sin rodeos. Con ambages, salvo nosotras en aquel entonces, queda como mal dicho. Y, sin embargo, era obvio que con «con» le iba a tía Elvira de primera. No es que diera la impresión de no saber lo que quería, es más bien que como parecía desear muchísimo varias cosas a la vez, iba a la vez por ellas de frente y refilón. Con, en vez de sin, ambages, a la caza y captura. Por ejemplo, aquella tarde de su nieto, el aguilucho, protegido especial nuestro. De momento quede claro que no es esto lo esencial. Excepción hecha de nosotras mismas, el aguilucho era indiscutiblemente accidental para todos.

Una financiación —unos días después lo descubrimos a base de preguntas indirectas y respuestas lo mismo—, una financiación fue lo que siempre acababa faltándola a tía Elvira. Cosa que ni el propio mariscal Göering con dos intérpretes franceses y dos anillos de rubíes en las manos consiguió arreglar tampoco. Todo el empaque, hermosísimo, de contar con una financiación adecuada (pero también todo el clamoroso empaque de contar con justo lo contrario) fue desde los primeros días de aquella su primera aparición en el *hall* del Muelle, el gran contorno de la vida de tía Elvira, y, junto con el arte, las antigüedades, la costura y los palillos, su imperdonable excusa para carecer

de sentido del humor. Al aguilucho se lo dije yo: tu abuela es despampanante, de lo más, un número de circo ya ella sola con solo darle al abanico ese que trae. Pero, guapo, ¿qué quieres? Todo no se puede eso tenerlo, todo no: le falta sentido del humor. Una trágica sin tragedia, creo que añadí, porque yo era entonces una muy opinionada rata sabia. Tomó esto el aguilucho muy a mal, tan falto de inquisitividad entonces como su abuela de vis cómica. Esta carencia notabilísima y extraña fue la causa de que sin financiación, o con una financiación intermitente, estuviese siempre yéndose al carajo, y los demás detrás, sin culpa. De hecho, la reaparición aquella en pleno verano del cuarenta y nueve, tenía este trasfondo de la financiación como necesidad urgente e imperiosa. A veces he pensado que este asunto, esta carencia, confería a tía Elvira lo mayor de su estilo zalamero, combinado con frialdad imparable en los detalles. Los detalles, por cierto, eran lo único que en aquel entonces y después a la *trainnee* y a mí nos parecían esenciales. Y tía Elvira, que mostraba una eslora alargadísima de gesticulación y exclamaciones y proyectos, no parecía saber nunca ni importarle lo más mínimo quién había o cómo era o qué sentían quienes, como nosotros tres, el aguilucho, mi hermana y yo, la contemplábamos pasmados.

Que la provincia, considerada a vista de pájaro, fuese una obvia fuente de financiación, tía Elvira no llegó a dudarlo nunca. Otro asunto que tampoco ofrecía duda es que entre la fontana y la ávida garganta se an-

tepusiese con clara obstinación un cierto tipo —cada vez más pronunciado— de desnivel o cascada. Una más que incipiente ya economía financiera germinaba en toda la provincia y en la propia España. En los primeros años cincuenta del pasado siglo podía hablarse ya, en las tertulias de las casas, de una infrahumana bancarización de la provincia. Mi hermana y yo desde un principio vimos que tía Elvira tenía, ya aquella tarde misma, toda la intención de aborrecer a la vez que cultivar a la familia. La provincia era, después de todo su familia, bien que no dotada por naturaleza para el arte, la moda, los palillos o la fenomenología de las religiones —nada de eso lo tenía ninguno, ni siquiera *pour faire un peu de conversation*—. Ni tampoco, no obstante nuestra inequívoca relevancia social, provincial y nacional, talento ninguno para la *small talk*. Esto al menos, según fuimos viendo, fue lo que tía Elvira creyó, como siempre había creído, al carecer ella misma de todo sentido del humor.

—Tan precipitadamente aprosódica como una redacción de colegiala, una serie de precipitadas estampas o episodios, como una involuntaria pantomima. Se desea alcanzar la significación y la significatividad de inmediato, sin ninguna clase de artefacto o artificio. El resultado es penoso (declaré con gran pedantería yo misma al leer su primer libro de poemas, que se publicó pocos años después).

Tía Elvira tenía que leerse por fuera: se empezaba por fuera y al tratar de ir nosotros —como por ins-

tinto— de fuera adentro, una encontraba más y más afueras, superpobladas por la gente mejor apellidada de la época. Esto desconcertaba al aguilucho, que hubiera congeniado quizá más con una abuela introvertida o más tímida o más campera o, incluso, con una solemne abuela abacial.

En el acontecimiento de la llegada de tía Elvira dejamos de participar nosotros al final de aquella misma tarde. Nosotros éramos muy accidentales entonces aunque nosotros mismos examinábamos una y otra vez lo ocurrido a espaldas de sus secuelas, en conciliábulos del cuarto de jugar hasta la hora de acostarnos.

—Tía Elvira —dije yo— ha querido su destino. Quiso primero uno, no acababa de cuadrarla. Y quiso otro. Y otro más, según parece, ahora. Estos cambios de un destino a otro tienen, por sí solos, mérito ya bastante.

—Bastante más que bastante —comentó mi hermana— ¡si llegaría yo a su edad teniendo tantos, me daría por contenta, fíjate!

—Si llegarías a su edad —comentó el aguilucho entre dientes— lo que serías es ya vieja. Y eso ahora ni te lo figuras. ¿A que no?

Era mi momento y declaré que yo sí me figuraba cómo sería un destino como el de tía Elvira si llegase a ser el mío: un destino con idas y venidas, con bailes de disfraces y gente bien vestida hablando mucho. No como el de un Napoleón, eso no, ahí preso en Santa Elena, que en el fondo le dio igual. Ahí seguía, enfermo del estómago siendo el único y el mismo inquebrantable emperador de los franceses ¿qué te parece?

—Hombre, nena, eso, claro, es más. Cuádruple mejor, además de más genial. Lo de mi abuela se queda solo en chic.

—¡Un chic bárbaro, eso sí! —intercaló la *trainee*.

—Lo que no sé, si eso solo, es por sí solo suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para ser un héroe en serio. Y Napoleón, además, no es un ejemplo que nos valga. Napoleón fue muy cruel.

—Los emperadores, los guerreros y los reyes tienen a la fuerza que ser crueles, lo siento decir pero así es.

—¿Sería mejor entonces chic que cruel?

—No sé.

—Mal las dos cosas.

Esta fue aquella tarde y todo aquel verano una conversación recurrente. Los tres nos referíamos al destino como algo que los tres sobreentendiéramos. Entonces pensábamos que el destino es una suma de lo que hacemos y lo que nos pasa. A fuer de picapleitos yo insistí en que también lo que no hacemos y no nos pasa tiene que por fuerza ser parte del destino. Esta perspectiva negativa me sedujo muchísimo al mentarla. Casi más porque no veía que tuviese que ver nada con Tía Elvira o con nosotros el no haber nacido en Australia, o el no arrancar las rubias cabelleras de los colonos del lejano Oeste, o el no haber sido una india chiricahua trayendo y llevando leña a hombros todo el día. Ya lanzada, declaré que no haber sido nada de eso ni haber hecho nada parecido era también parte del destino mío y de mi hermana y de mi primo. Nos encantaba especular ya entonces, yo

misma he seguido especulando en vano todo el resto de mi vida. Fue la sobresaliencia de tía Elvira, su aparente extraterritorialidad aquella tarde, lo que nos arrastró a comparar unos con otros los destinos. Comparados con los destinos de tía Elvira, los destinos de sus otras tres hermanas, nos parecieron muy pesados e incoloros. Destinos de repetición nos parecieron, como el cuento de la buena pipa, historias circulares con anécdotas graciosas que contar, sí, eso sí, locales, que se obstruían enseguida o desgastaban al contarlas porque, aunque seguían haciéndonos gracia, no había ya más novedades.

Recuerdo que aquel verano me distancié mucho de mi hermana y de mi primo —sin del todo darme cuenta entonces ni decírselo— con ocasión de tía Elvira. Tuve que reconocer ante mí misma que, aun no habiendo punto de comparación entre Napoleón y tía Elvira, había entre ambos un equivalente punto soso, como la presencia en playas tropicales de una enorme tortuga boba que viene a desovar tras recorrer dos mil millas marinas a este efecto: la malsana noción de novedad o novedades. Nuestras novedades de entonces me parecieron aquella tarde, y lo que quedaba del verano entero, pueriles e insustanciales, sin la menor capacidad de dejar huella. De pronto pensé que ninguno de nosotros tres, ni ninguno de la familia por sus cuatro lados —que éramos bastantes— pasaríamos a la historia, nuestras vidas no constarían en ninguna parte, la pura repetición, la comfortable identidad, no deja huella. Que fuese comfortable irla viviendo (mucho más comfortable que la tumultuosa sucesión de

novedades) no quita para que sintiera yo de pronto, entre los doce y trece años, una melancolía irónica que repentinamente me aviejaba: como aquejadas las manos ya por una artritis reumatoide que las afeaba y deformaba, y que me impedía ahora llevar ya anillos o pulseras: la propia deformación hacía las veces de realce o de intranquilizadora y espléndida sortija de zafiros. Y me sentaba en una silla de respaldo recto sin brazos en el cuarto del aguilucho y contemplaba desde mi distancia irónica y melancólica a mi hermana y a mi primo, aquellos dos críos, incapaces de percibir el lujurante encadenamiento de las novedades y maldades (porque lo nuevo tenía un punto de malignidad gustosa, por así decirlo). Como críos que eran, se conformaban con repetir lo que habían visto o comparar a tía Elvira con Napoleón Bonaparte, disolviéndose enseguida esta comparación, por inadecuada, en la movilidad pueril de nuestras tardes de verano, que no eran, nunca fueron, aburridas pero que tampoco, a partir de ahora, podían, al menos para mí, ser iguales que antes. Al no haber en nuestras vidas novedades —decidí— iríamos careciendo más y más de significación a medida que transcurrieran los días y los meses y los años hasta disolvernos en el anonimato simple. Una renuncia simple a todo haber sido, o seguir siendo, algo o alguien.

Durante todo lo anterior me pareció el aguilucho reticente. Más que de costumbre. Tuve entonces la impresión de que sabía de su abuela más cosas que nosotras y

evitaba pronunciarse. Y esta convicción mía era compatible con otra paralela: la convicción de que lo que sabía no tenía demasiada importancia. ¿Ni siquiera para él? —preguntó mi hermana cuando le dejamos cenando y subimos a nuestra casa en el piso de arriba—. ¡Eso no podía calcularlo yo en aquel momento! El cálculo se confundía, además, con otra convicción mía —esta última muy arraigada— de que el aguilucho tenía, en lo fundamental, un carácter abierto y no un carácter reservado. La reticencia con lo de su abuela pensé yo que dependía de algún otro secreto del aguilucho que yo sospechaba de mayor cuantía y acerca del cual, por delicadeza y por afecto, nunca hasta la fecha me había atrevido a interrogarle. No tener secretos, la franqueza, no siempre es equivalente a ser puro. Y ser puro o ingenuo o abierto es compatible con tener secretos y guardarlos. Un carácter reservado puede ser mucho más puro y abierto que lo que habitualmente se entiende por un carácter despreocupado o desenfadado o franco.

El aguilucho era mi primo hermoso, yo era la mayor de los tres. Es natural que ya a aquella edad temprana me preocupara el tenerle protegido... De mí misma, en primer término, y después también de toda aquella imponente maquinaria adulta de sus padres, tíos y demás familia: la provincia inclemente entera. Que la provincia fuese inclemente, no obstante su apacible y recóndita apariencia, venía yo pensándolo de atrás. Pero fue una idea que se reforzó con la aparición de tía Elvira. Sus hermanas y también las sobrinas y los primos y primas de distintos

grados la recibieron —de eso nos enteramos los días sucesivos— (el panorama completo de reacciones lo tuvimos claro mi hermana y yo al cabo de un mes) con una comprensible reserva, como poniéndola a la vez en cuarentena o en observación. En aquellos años de posguerra, cuando empezaron a regresar los casos menos graves, incluso con respecto al propio Marañón, o al propio Ortega, se tendía en las casas a manifestar una como repentina pulcritud o reticencia —no negándoles en nada su valía— y no acabando, sin embargo, de entregarles toda la confianza que se concedía sin reservas a don José María Pemán y Pemartín —quien siempre estuvo del mismo lado que nosotros—. El caso de tía Elvira tenía esto notable: que aun habiendo estado siempre con nosotros y hasta más que ninguna, que incluso estuvo con Pétain y con Vichy (tanto que anduvo en listas de la Gendarmerie por *colabó*, un simple error de las confusas burocracias de posguerra) no había estado moralmente con nosotros nada o solo de boquilla, con todo aquel irse a París, dejar los hijos y el marido, más la boda civil con el pintor, y después la Argentina, más otra boda, la tercera, esta tercera vez, otra vez como es debido, por la Iglesia, que ya incluye la civil.

Hay mucha cautela en las costumbres, la identidad vigila sus derrotas, es celosa, detesta todo surgir o resurgir que tiende a considerar sobrevenido, por esencial que sea. ¿Era esencial en la provincia el caso de tía Elvira? La verdad es que no. A diferencia de Ortega y Marañón, hubiéramos podido elidirla sin la menor dificultad. Todo el mundo, incluidos sus hi-

jos vivos y difuntos, incluido el aguilucho, la habían elidido con facilidad hasta entonces: la esencialidad venía de otro lado: la provincia era esencial para tía Elvira, no como quizá pueda serlo la familia, sino como sin duda la financiación lo es para cualquiera. El arte de tía Elvira, desde las castañuelas a los poemas y demás, requería, sin cesar, financiación. Era el suyo un arte circunstancial, muy actual si se quiere, que requiere un continuo soporte financiero además de comprensión y simpatía. Un arte que, como la alta costura, puede sobrevivir con simpatías contadas pero no sin echar cuentas o sin gastos. A tía Elvira le pasaba igual. Para entender con claridad todo esto, era yo demasiado joven. No era, sin embargo, demasiado joven para no darme cuenta de cómo indirectamente quedaba afectado el aguilucho, a través de sus padres, con la reaparición de la tía Elvira. De ahí venía su reticencia: no tanto del no querer contar lo que sabía, como del no estar en condiciones de contar con lo que sabía para hacerse una idea, siquiera esquemática, de lo que se les había venido encima. Lo cierto es que todo esto no tenía entonces, para mí al menos, aura consecencial ninguna. En mi primitiva equidistancia con tía Elvira no había ambigüedad entonces ni ninguna decisión a favor o en contra, sino ante todo una gran curiosidad por ver en qué quedaría todo y cómo seríamos todos, y en primer lugar el aguilucho, años más tarde, tan solo una década después, con tía Elvira instalada ya en Madrid.

No lo veía entonces y cuando fui viéndolo todo y recordé lo del principio que he venido contando, mal-

dije a tía Elvira a la vez que acepté la colocación que me ofrecía como secretaria suya a tiempo parcial, sin sueldo fijo, a un tanto por ciento según ventas y otras actividades promocionales y artísticas.

Siempre contó que la casaron de niña con un hombre muy viejo, tío Fernando, distinguido, arruinado y enfermo, pero relevante aún en provincias por sus apellidos. Una especie de vizconde de los tiempos de don Amadeo. Arruinado tal vez no: mejor, venido a menos. Metido en casa sin salir y en la cama nada más casarse: eso vendría a ser normal, pero fue muy anormal. Se vio que lo era a partir casi de las amonestaciones: no obstante la mala salud, tuvo dos hijos. Los dos muy guapos que tía Elvira vestía de niñas de pequeños, como jugar a las muñecas. Ambos les vinieron a durar lo que son quince años, a lo sumo dieciséis ¿duraron eso solo porque se murieron pobrecillos? ¡No, que va, qué cosas tienes! Fue que los abandonó en Inglaterra y Francia y a tío Fernando en casa, donde le gustaba más estar. Lo dejó todo por París: la cubertería de plata grabada que aún existe, con las iniciales entrelazadas de los apellidos de ambos cónyuges, el juego de té también de plata. Coladores, cucharillas y bandejas, recién sacados brillo, la tarde del escape, con Sidol.

Por un mismo rasero se midió todo al largarse y morirse el tío Fernando un año antes de acabar la guerra: el tresillo de rejilla de la finca, que acabó en el *hall* del aguilucho. Quedó pendiente el comedor en-

tero con los dos armaritos de cristal que tintineaban al pisar el parqué encerado alrededor de la alfombra.

¡Qué sé yo qué más! No mucho tal vez. Las mantelerías bordadas, una de las cuales, de hilo, mandó teñir de azul cobalto; la gran ropa de cama, la gran cama de caoba con adornos dorados, el tocador lo mismo, *pre-artdecó*, las delicadas sillas de caoba a juego: todo en buen estado y, a la vez, retirado y emplazado en la memoria del hijo superviviente y de la nuera y del nieto, quien con más ahínco después hizo memoria, al irse volviendo, aún adolescente, más memoria que futuro.

Tía Elvira ocupaba todo el espacio imaginario ajeno —descubrí— con sus cuitas. Todos sus recuerdos eran cuitas —cada vez lo fueron más y más, hasta llegar, deslavazadas, a la autobiografía— en cuyas descripciones nadie acababa quedando bien del todo, aunque solo sea por culpa de la impericia narrativa de la autora. Tía Elvira no participaba en las conversaciones acomodándose a su interlocutor o interlocutores: se transformaba, en cambio, por momentos, como una avispa, en el tema único de la conversación, como una diva que se impacienta si no sale a escena de continuo. Una vez en escena, sin embargo, resultaba mucho más tratable que antes de salir, más tratable en público que en privado. En privado parecía más loca, más invasiva, menos calculable. En la distancia corta entrecerraba sus pesados párpados como una planta acuática que se reproduce, carnosa, y cubre en poco tiempo, embelleciéndola quizá, toda la superficie del estanque hasta estancarlo. Así las personas muy co-

municativas empachan la conversación deseando no tanto caer bien como contagiar a todo el mundo con su ánimo o desánimo, impidiendo toda manifestación independiente. Me sentía sitiada, agasajada y, de algún modo indefinible, mal interpretada a la vez. E invadida, al sentir todo esto, por la sensación de ser yo una persona quisquillosa, difícil, a quien nada viene bien. Hubo un difuso aunque punzante sentimiento de insuficiencia o de culpa que siempre he sentido ante el excesivo énfasis autorreferente de los artistas o los escritores.

Si hubiese sido solo todo eso lo que dejó atrás, el mobiliario, el armario de luna a juego con la cama de matrimonio y la cubertería de plata sin limpiar, hubiera dado igual, e incluso al tío Fernando, dejarle hubiera dado igual. Al fin y al cabo, un matrimonio, incluso por la Iglesia, ¿no acaba dando igual a los cinco años? Un quinquenio es una eternidad, todo el mundo lo sabe. ¡Y encima con aquellos precedentes! La bisabuela del aguilucho detestó toda su vida el matrimonio: las mujeres —decía— se arreglan mejor solas. Casarse es una cosa del servicio. Y cuando sus nietas, escandalizadas, exclamaban ¡Pero abuela, si ninguna chica nunca se casase qué pasaría con la propagación de la especie!, respondía erguida en su butacón: ¡Alguna tonta ya caerá! Esto era un indudable precedente. ¿Y la otra hermana qué hizo? María Elena se marchó a vivir con el francés, que se casó en Lyon por lo civil. ¿Pero los niños qué? Con idas y venidas a París y a Madrid, llegó hasta los catorce del mayor. Se comprende que tía Elvira se largase. La provincia aún

podía soportarse con los reyes. Al caer la monarquía, la provincia se arrugó como una pasa. Se desprendió de pronto toda ella del líquido elemento, el ambarino regio, se volvió inverniza y agitada. A un tiempo revolucionaria y retrógrada, como en los tiempos de las parejas que atracaban en la dársena y las redes que se tendían todo alrededor, un tiempo de obispos y del Machichaco. Europa, en cambio, pasada la Gran Guerra, se volvía más excitante cada vez. El propio don José Ortega y Gasset llevaba veinte años ya diciéndolo: España era el problema; Europa, la solución. La provincia es el problema; París, la solución. Todo se lo contó una tarde en el tenis de la Magdalena al duque de la Seo de Urgel, su primo, que adoraba. Eran, una vez más, sus cuitas. No me choca nada, Elvira. El día de tu boda se comentó en toda la provincia que se habían unido la vida y la muerte. En las casas se contaba esto. Se venía contando desde entonces, desde antes de la guerra, cómo el tío Fernando se fue volviendo loco a consecuencia de la meningitis y tuvo ella que llevarse a un niño a Francia, a Normandíe, al otro a un preparatorio para Cambridge. Solo que en mi memoria no se reactivó nada de esto hasta verla, por fin en carne y hueso, aquel verano del cuarenta y nueve.

—Siempre se dijo que acabó completamente trastornado. Yo siempre lo he dudado —dijo el aguilucho—. Se llevaban, creo, veinte años o más, tampoco es tanto. Y se murió el anteúltimo año de la guerra. Debió de morir a los cincuenta... cincuenta y cinco, más o me-

nos. Eso tampoco es tanto. Debió de nacer por el 1883. Así dicho, con números arábigos, suena más viejo que los años que vivió. Aunque los años vengan a ser los mismos más o menos. ¿Me entiendes, nena?

—No es que te entienda, primo, es que te leo como un libro abierto. Suenas a puro parvulario, niño.

—Seguramente me parezco a él. Mi padre se parece a él y yo a mi padre. Esa rama nos morimos jóvenes, ya ves. En fin, nena, tú eres mi novia un poco. Serás mi viuda hasta que te cases con cualquier otro. Y harás bien. Si quieres somos novios hasta entonces.

—¡Eso. Justo hasta ese día! Y el duelo, ¿qué?

—Me tendré que poner la pena negra, un duelo decente dura un año, qué menos.

—¿Pero qué dices? Me llorarás a ratos como mucho. Lo cual será bastante, porque eres una tonta.

—Pues, como soy tu novia, dame un beso ahora. Que igual te mueres esta tarde.

Para darle un beso al aguilucho había que estar pendiente todo el rato. Si le acariciabas distraídamente, te mandaba a la mierda. Cómprate un gato, que yo no soy un gato, decía. En esto era más delicado él que yo, con mucho. En esto de los besos y en otras cosas yo siempre tenía ganas, nunca tuve ni el menor escrúpulo, no con el aguilucho, desde luego. Esto viene a que lo hablamos esto —los besos y las defunciones y la cronología de su abuelo— mucho aquel verano. Hablábamos de eso a consecuencia de la reaparición de tía Elvira con la melena por los hombros. Para entonces, ella ya tendría cincuenta, de regirte por las arrugas de la cara, aunque con buena facha y muy bonitas piernas blancas.

Entonces no entendíamos los detalles del coste de la vida. Se suponía que iríamos entendiéndolos al convertirnos nosotros mismos en mayores, dejada atrás como un juego aburrido la niñez, la juventud. Las cosas que conocíamos tan detalladamente y que, sin darnos cuenta, se hincaban tanto en nuestra sensibilidad, en nuestra memoria.

Tía Elvira nos sobresaltó porque, desde la perspectiva de este solemne asunto del coste de la vida, había que situarla más bien con nosotros, en los juegos y las conversaciones, que con ellos los mayores, que, por serlo, se hacían cargo del coste de la vida. Esta forzada recolocación de nuestro grupo familiar reforzó una incipiente política pedagógica y doméstica: había que instalar a tía Elvira en algún sitio, con alguna ocupación, no solo en un piso, sino en una posición donde ella misma fuera visible y de alguna manera rentable a medio plazo su talento. Se entendía que había que facilitarle un préstamo que al cabo de uno, dos o tres años podía ir devolviendo porque ya iría arreglándose ella sola. Ella sola y, por supuesto, el guapo Helio, su marido argentino, cuyas capacidades laborales eran aún una incógnita. Discutir estas cosas nos parecía a nosotros tres interesante: nos sentíamos interesantes hablándolas. Personas ya mayores que comprenden esto de que hay que arreglárselas para ganar dinero en la vida. El halo residual que dejó en esto tía Elvira era, una vez más, interrogativo. Se recordaba su talento para instalarse en París quince años atrás. O su talento —declarado por ella misma— para codearse con la mejor gente de Buenos Aires y pasar sus colecciones en la Casa Rosada.